

LA MUJER BARBUDA

Suplemento Cultural de La Voz del Tajo. Año II. N° 52. 22 de Junio de 1985



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Casanova en Toledo

Así son las cosas. Me había propuesto hablar en breve del viaje a Toledo del torinés Baretti, al que dejamos cuando salía de Talavera, y he aquí que, antes de dar con las cartas que escribió a propósito de aquella ciudad, se nos cruza en el camino el veneciano Giacomo Casanova; y se nos cruza con sus verdaderas memorias, a las que tituló *Historia de mi vida*, cuya publicación no se inició, aunque parezca mentira, hasta el año 1960. Es una historia, la de este texto, tan triste como apasionante, puesto que cuanto el público ha sabido durante casi siglo y medio de aquel antitenorio que se enamoraba siempre de las mujeres cuyos favores solicitaba y casi siempre obtenía, no es su auténtica autobiografía, aunque algunos de sus editores se hayan atrevido a decir que en el texto falsificado hay más verdad casanoviana que en el verdadero.

Casanova escribió sus memorias en francés y, como quiera que sus primeros editores no consideraron bueno a su estilo, no se les ocurrió más que darselas a corregir a un profesor de Dresde, llamado Jean Laforge. Es evidente que, como le dijo Crébillon a Casanova, éste hablaba el francés de manera que se hacía comprender perfectamente, pero todo lo que decía no era más que italiano disfrazado de francés. Y el mismo Crébillon, de cuya sabiduría literaria no es lícito dudar, le comentó, entre otras cosas: "Incluso os diré que vuestra jerigonza está hecha para captar el sufrimiento de los que os escuchan, porque es singular y nueva, y estáis en un país en donde se corre tras todo lo que es singular y nuevo". Que Laforge no pensaba como Crébillon es evidente puesto que no sólo aceptó el encargo de poner en francés académico el extraordinario libro de Casanova, sino que, como tampoco compartía sus opiniones, quitó y añadió cuando le pareció oportuno a las memorias hasta que consiguió una imagen bastante deformada de la insustituible visión de la Europa del siglo XVIII que ofrecían sus páginas. En lo que a Toledo se refiere, las correcciones de Laforge son, en este sentido, mínimas pero innecesarias como no tardaremos en comprobar.

Cuando el erudito, políglota, aventurero, cabalista, financiero, jugador, viajero, frecuentador, de reyes para abajo, de las gentes más importantes de Europa, en fin, cuando Casanova se decidió a venir a España, ex-

pulsado de Francia por haber amenazado con darle un puntapié en el culo a un impertinente y joven aristócrata francés, vino, según él mismo creía, a la tierra de sus antepasados. Sus memorias comienzan, en efecto, con estas palabras: "El año 1428, don Jacobo Casanova, nacido en Zaragoza, capital de Aragón, hijo natural de don Francisco, raptó del convento a doña Ana de Palafox el día siguiente al de sus votos. Era secretario del rey don Alfonso. Se fugó con ella a Roma, donde, tras un año de prisión, el papa Martín III (en realidad, se trataba de Martín V) concedió a doña Ana la dispensa de sus votos, y la bendición nupcial, por recomendación de don Juan Casanova, maestro del sagrado palacio y tío de don Jacobo". Así hablaba nuestro viajero de sus primeros antepasados de que tenía noticia, y lo más notable es que en las páginas de su autobiografía dedicadas a la estancia en España no habla nunca, ni siquiera en las que tratan de Zaragoza, de aquella apasionada pareja de la que heredó sin duda alguna su apasionado temperamento.

Cuando llegó a Madrid, el 19 de Noviembre de 1767, año de la expulsión de los jesuitas, Casanova tenía cuarenta y dos años, y, de acuerdo con la realidad y el sentimiento de su época, empezaba a sentirse viejo. Ello no impidió el que se enamorase de una deliciosa madrileña llamada doña Ignacia, hija de un hidalgo que ejercía de zapatero remendón para no tener, si se hubiera dedicado a confeccionar calzado, que tocar los pies de nadie, cosa a todas luces indigna de su sangre. Había entonces en España más de medio millón de hidalgos, y Madrid, corte de Carlos III, tenía alrededor de cien mil almas. Una vez conseguidos los favores de doña Ignacia, que era muy devota, en reñidísima pugna con su intransigente confesor, Casanova, que había sido presentado a la corte, pasó una temporada en el real sitio de Aranjuez, a donde ésta se había trasladado temporalmente y, en compañía de su todavía no enemigo, el pretendido conde Manuzzi, estuvo un par de días en Toledo.

Poco, pero muy sustancioso, es lo que Casanova cuenta de esta ciudad, en la que dice haber encontrado un muy decente alojamiento. Dice que vio a su entrada las ruinas de una naumauquia romana, es decir,

las del teatro, y habla de cómo el aurífero Tajo la rodea por dos lados, lo que no pareció llamarle mucho la atención. Al día siguiente, los dos amigos fueron al Alcázar, al que llama Louvre de Toledo y al que echa este piropo: "Su nombre majestuoso no debía tener otra vocal que la reina del alfabeto", elogio que Laforge —quien, a juzgar por otras intervenciones suyas en el texto, no debía de sentir simpatía por España— suprime en su falsificada edición.

Fueron acto seguido a la catedral, donde admiraron, dice, "el tabernáculo, en el que se lleva en procesión al Santo Sacramento el día del Corpus, tan pesado que se emplean treinta hombres para llevarlo". E informa de que el arzobispo de Toledo tenía trescientos mil escudos de renta anual, y su clero cuatrocientos mil.

Un canónigo les mostró los vasos que contenían reliquias, en uno de los cuales, le aseguró, se guardaban las treinta monedas que Judas había recibido como precio de la traición a su Maestro y, cuando le pidió que se las mostrase, el eclesiástico se escandalizó y le dijo que ni el mismo rey se habría atrevido a manifestar semejante curiosidad. Laforge se inventa una disculpa de Casanova que, aunque verosímil, pudo no haber dado el turista aunque supiese que en España no se jugaba con tan graves materias.

Al otro día, visitaron los venecianos el gabinete de física e historia natural, donde les mostraron un dragón y un basilisco disecados, lo que probaba sin lugar a dudas la existencia real de aquellos animales, tenidos ya por fabulosos. Casanova se alegró de poder reírse en aquel lugar no sagrado, cosa que no arredró al dueño del gabinete, quien también le mostró un mandil de francmasón que es de suponer que estuviese allí como prueba del liberalismo del padre del informante, que había estado en una de las sesiones en que fue usado.

De lo demás que le sucedió a Casanova mientras estuvo en España, y de lo que ya le había sucedido, podrá informarse el lector —sin intervenciones deformadoras de mi parte— en la traducción y edición de los capítulos de sus memorias dedicados a nuestro país, en la que estoy trabajando ahora.